

cion religiosa, colocándose en la situación de jefe de todos los partidos y procurando que todos los príncipes, católicos y protestantes, volvieran á reconocer la supremacía del poder imperial. Cuantos mayores éxitos lograba Wallenstein en sus empresas militares, tanto mas patentes se hacían los principios fundamentales de ese sencillo programa político



Armadura alemana de la época de la guerra de Treinta años (Museo Czarskoe-Selo)

que mereció la aprobación de Fernando II. Así se explica la enemiga que los príncipes de la Liga y todas las fuerzas particularistas territoriales de Alemania manifestaron desde luego contra esta política que aun agravaban los procedimientos y violencias con que sin consideración alguna la planteaba Wallenstein. Era muy dudoso que en tales circunstancias pudiera conseguirse una acción común y homogénea, tanto mas cuanto que los dos generales, Wallenstein y Tilly, eran los dos caracteres mas antitéticos que se pudiera imaginar: el uno, mas político que militar, acariciaba siempre planes temerarios y vastísimos, hacia poco aprecio

de las diferencias religiosas, era casi completamente indiferente en punto á religion y se mostraba en todo aficionado á las pompas y majestuosos; el otro era un soldado riguroso consigo mismo y con los demás, de costumbres sencillas, católico ferviente y celoso; rico en planes de restauración católica cuanto pobre en ideas políticas y dotado de escaso talento; pero era al mismo tiempo un general intrépido al par que prudente, soldado y nada mas que soldado, acostumbrado á prestar obediencia á sus superiores y á exigirla de sus subordinados. El acuerdo entre estos dos caracteres antagónicos parecía realmente imposible, y sin embargo, el éxito militar y estratégico dependía, al parecer, exclusivamente de su mútua inteligencia.

CAMPAÑAS DE 1626 Y 1627. WALLENSTEIN Y TILLY  
CONTRA CRISTIAN IV Y MANSFELD

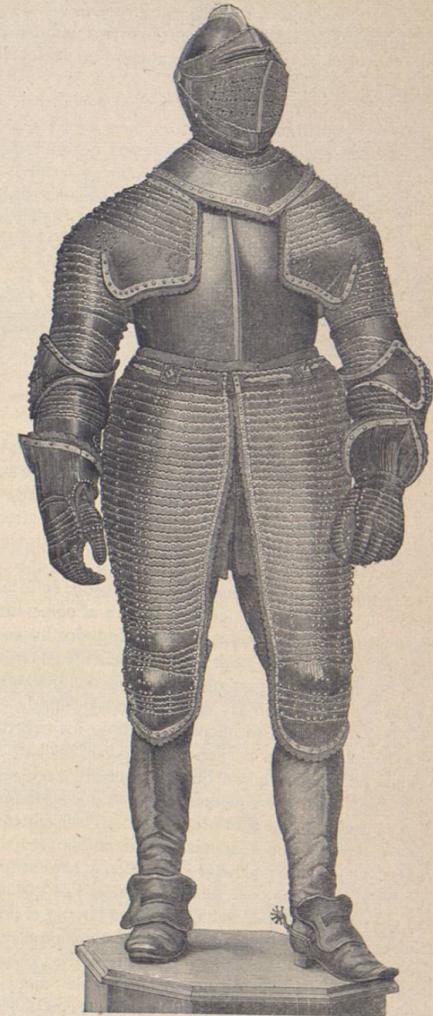
Quando en los años 1623 á 1625 se preparó aquella gran combinación europea entre Inglaterra, Holanda y Dinamarca, y en cierto modo también Francia, contra la casa de Habsburgo, y el prudente cuanto valeroso Cristian IV se decidió á ponerse al frente del ejército de estas tres potencias juntas, se contaba, entre otros, con la cooperación de aquel príncipe de Transilvania, inquieto y poco leal, pero á última hora siempre dispuesto á luchar contra el Austria, que tan á menudo había apoyado la causa de los protestantes en el Imperio coadyuvando á su acción en los territorios fronterizos del Este. Poco después de la paz de Nikolsburg y á consecuencia de las cuestiones que surgieron en la ejecución de la misma, había de nuevo empuñado las armas en 1623, causando considerables pérdidas al ejército imperial que mandaba el conde de Schwarzenberg. Vencida entretanto por Tilly la resistencia que al emperador se oponía en la Alemania del Norte, Bethlen Gabor firmó un nuevo armisticio al cual siguió en 8 de mayo de 1624 otra paz concertada sobre la base de la de Nikolsburg. Sin embargo, los aliados de El Haya creían poder seguir contando con el turbulento transilvano, porque este no se recataba en decirles que pensaba desligarse de sus compromisos en la primera ocasión que se le ofreciera á fin de obtener mejores condiciones y una mayor extensión de su territorio situado en los mismos límites que separaban á la civilización de Occidente de la de Oriente; pero en el momento en que Cristian IV con su ejército danés penetró en el círculo de la Baja Sajonia (mayo de 1625) no había que confiar por de pronto en Bethlen Gabor, y en cuanto á los demás leales partidarios del conde palatino Federico, uno de ellos, el margrave de Jagerndorf, que hasta el último instante se había mantenido fiel al lado de Bethlen, había fallecido en 2 de marzo de 1624, y los otros dos, el príncipe Cristian de Anhalt, verdadero autor de la política bohemia de Federico, y el conde de Hohenlohe, uno de los jefes de las tropas bohemias, habíanse separado formalmente de la causa del conde palatino y conseguido á fuerza de humillaciones el perdón del emperador y el levantamiento de la proscripción. Los Estados del círculo de la Baja Sajonia, que habían elegido presidente á Cristian IV y llamado á su territorio, no le apoyaron con la energía que él creía poder esperar. La confusión y la discordia imperaban en todos los Estados, á los que tenían atemorizados los triunfos logrados por las armas ligustas, y á pesar de que todos reconocían claramente el peligro que para el protestantismo implicaba la creciente preponderancia de la Liga, ninguno se ponía resueltamente á su lado, creyendo poder evitar con una débil neutralidad la ruina que les amenazaba. Esta actitud observaban el electorado de Sajonia y el de Brandeburgo, cuyo elector, el pusilánime Jor-

guillermo, se abstenia de tomar parte activa en la contienda en pro del protestantismo, contenido por el dominio que sobre él ejercía su ministro, el católico conde de Schwarzenberg. En los comienzos de su actividad militar solo desencantado experimentó el rey de Dinamarca: las ciudades anseáticas cerraron sus puertas y en parte alguna encontró eficaz apoyo, viéndose por decirlo así reducido únicamente á las fuerzas de Mansfeld y de Cristian de Halberstadt, quienes merced á los subsidios anglo-holandeses habían podido completar sus ejércitos.

Por de pronto no parecía que hubiera de estallar la guerra. Ya hemos visto que el círculo de la Baja Sajonia había hecho sus armamentos con autorización del emperador á pretexto de defender su neutralidad, de suerte que la movilización de este ejército no significaba por sí misma la necesidad de una lucha entre él y el de la Liga, lucha que uno y otro con toda intención trataban de evitar. Cristian IV permanecía en la orilla derecha del Weser, dentro de los límites del círculo bajo-sajon, mientras Tilly se mantenía en la izquierda. Este último, sin embargo, se encontró muy pronto en gravísimo aprieto para mantener á sus tropas y comenzó á desear que se aclarara su situación insostenible y que se le permitiera atacar al ejército de la Baja Sajonia. Así lo solicitó del emperador, el cual por de pronto le negó el permiso solicitado porque esperaba aun que podría mantener la paz con aquel círculo. En aquellos días, la corte de Viena parecía espantada ante las dificultades que la concesión del electorado hecha á Maximiliano había promovido, y se mostraba vacilante y cada día mas sin saber qué hacer, y en vano Maximiliano de Baviera, que era el mas directamente interesado en la realización de la comenzada empresa, instaba para que se apresuraran los armamentos y para que se autorizara á Tilly á comenzar el ataque segun había solicitado, sin esperar la llegada del ejército que estaba reuniendo Wallenstein. En vista, pues, de la irresolución del emperador, el duque bávaro decidió dar por sí y ante sí el paso decisivo, y al efecto ordenó Tilly que penetrara en el círculo de la Baja Sajonia. El cumplimiento de esta orden (á fines de junio de 1625) fué con razón considerado por Cristian IV como *casus belli*. En cuanto al emperador, que tenía sobrados motivos para encolerizarse con Maximiliano por el abuso de atribuciones que había cometido, acabó por alegrarse de aquel acto que ponía fin á una situación nebulosa y aun felicitó al duque por su viril resolución.

Entretanto Wallenstein había logrado lo que parecía imposible. En efecto, en pocos meses reunió un ejército de 30.000 hombres, que si bien desde muchos puntos de vista carecía de instrucción homogénea y de disciplina, supo con una rapidez asombrosa constituir en una verdadera unidad. Reunidas sus tropas en Eger, púsose Wallenstein en marcha hacia la Baja Alemania y resolvió seguir el camino al través de Franconia y de Hesse, sin inquietarse por si pasaba por territorios amigos ó enemigos. En una extensa carta fechada en 24 de agosto anunció al landgrave Mauricio de Hesse que atravesaría sus dominios. Entonces como siempre exigió que las poblaciones de las tierras por donde marchaba corrieran con el entretenimiento de las tropas, y supo con gran prevision y no menos energía conseguir que nunca faltara á su ejército lo necesario. Después de haber avanzado hasta Gottingen, juntóse en 12 de octubre cerca de Koppenburg con Tilly, que estaba acampado en Hameln, y se puso de acuerdo con él sobre la dirección que á su expedición había de dar. El día 16 de octubre envió al conde Schlick con 10.000 hombres á Halberstadt para apoderarse de las riquezas de esa diócesis, cuyo administrador militaba en las filas enemigas, pues los primeros sitios adonde debía llevar la

guerra no ofrecían en punto á contribuciones muy halagüeña perspectiva. No contento con esto, ocupó la diócesis de Magdeburgo y estableció en ella sus cuarteles permanentes, obligando á aquel territorio no solo á proveer de toda suerte de víveres á sus tropas, sino también á pagar fuertes contribuciones que fueron cobradas sin compasión alguna y que



Armadura negra de montar del general de la caballería imperial Juan, conde de Sporck (Viena, Museo de Artillería)

constituían para los habitantes una carga casi imposible de sobrellevar. Pero las circunstancias de aquellos tiempos así lo exigían: un ejército organizado por la totalidad del Imperio y pagado con el producto de impuestos regulares, ni le había ni podía haberle entonces aun menos que antes, dadas las luchas intestinas que tenían divididos á los Estados imperiales, de suerte que no había mas remedio que dejar que el ejército se mantuviera á costa de los países adonde sus empresas lo llevaban. Y en verdad que no se mostraba parco en sus exigencias el generalísimo del emperador: poseemos muchas ordenanzas de entretenimiento por él expedidas que indican claramente la cuantía de las cargas impuestas por

cada regimiento y por las cuales se comprende el grito de desesperación que ante el emperador elevaron las comarcas interesadas. Pero sea dicho en honor de la verdad que si los gravámenes eran fuertes á lo menos estaban repartidos con relativa equidad, pues Wallenstein supo sistematizar esas violencias que necesariamente traía consigo la guerra en aquellos tiempos; así es que si bien exigía implacable la entrega de lo que necesitaba y pedía, por otro lado cuidaba de que ciudadanos y labriegos pudieran en cierto modo seguir viviendo y procuraba que no se descuidaran las sementeras ni las recolecciones.

Muy pronto las circunstancias obligaron á Wallenstein á hacer uso de sus atribuciones políticas, pues los Estados de la Baja Sajonia, aterrados por la presencia del formidable ejército imperial, se ofrecieron á entablar negociaciones de paz en las cuales entró también el rey de Dinamarca, que gravemente herido á consecuencia de una caída de caballo

*Infante gran von Tilly*

Facsimile de la firma de Tilly puesta en un documento de 17 de enero de 1627. Tamaño original. (Real Archivo secreto de Estado, Berlín)

no estaba en disposición de entrar en campaña. Sin embargo, no se llegó á una inteligencia y, por el contrario, se acentuó la tirantez entre la soberanía imperial representada por el general y la autonomía religiosa y política de los círculos que personificaban los Estados. Ambas partes sostuvieron sus exigencias en forma tal que no parecía sino que cada una se consideraba de antemano como vencedor en la lucha entablada. Los Estados del círculo pedían al emperador y el general pedía á los círculos el pago de todos los gastos ocasionados por la guerra y por los reclutamientos de tropas. Además los Estados exigían que les fuese definitivamente concedida la posesión de las fundaciones que desde 1555 habían arrebatado á los católicos; en cambio los generales, aunque dejaban entrever en general la posibilidad de una ratificación de la paz religiosa, querían reservar en este punto la jurisdicción del emperador que ya en los años que precedieron á la guerra había sido origen de todas las contiendas. Ofrecíanse, pues, entonces las mismas diferencias que habían hecho fracasar las últimas dietas imperiales, y parecía imposible todo acuerdo respecto de las mismas. Los generales exigían el previo desarme del círculo y el círculo el previo alejamiento de los generales, y puestas las cosas en este terreno, ninguno quiso ceder á pesar de las tentativas conciliadoras de los embajadores de Brandeburgo y de Sajonia. Al fin el círculo bajo-sajon se manifestó conforme con satisfacer una indemnización de guerra, pero exigió en cambio la disolución de la Liga «causa de todas las disputas,» y como Tilly accediera á retirar el ejército liguista, pero se negara á licenciarlo, fué imposible el acuerdo. Así es que en 8 de marzo de 1626 quedaron rotas las negociaciones, dejando que las armas decidieran la cuestión.

Planteado en estos términos el problema, las relaciones políticas de la Baja Alemania favorecían tanto más al emperador cuanto que muchas dinastías ilustres de príncipes territoriales sostenían entre sí empeñadas luchas, como sucedía especialmente con las dos ramas de Brunswick-Luneburg y Brunswick-Wolfenbuttel que se disputaban el principado de Grubenhagen. El emperador falló este litigio en favor de Luneburg, ganándose con ello el apoyo del duque Jorge, el cual rompió sus relaciones con el círculo de la Baja Sajonia

y abandonó el servicio del rey de Dinamarca. De este modo logró el emperador en la Baja Alemania que una dinastía protestante se separase de la causa de sus correligionarios del mismo modo que con la casa de Darmstadt lo había conseguido en otro tiempo cuando la lucha entre las ramas de la dinastía de Hesse. A esto se agregó un gran triunfo alcanzado por la causa imperial en el Este, donde los Estados húngaros se habían mostrado dispuestos, en 8 de diciembre de 1625, á otorgar á Fernando, hijo del emperador, la corona de Hungría que había pretendido conseguir Bethlen Gabor. Lo peor para el conde palatino, en la lucha decisiva que iba á entablarse, era que á los electores de Brandeburgo y de Sajonia nada podía moverlos á que defendieran activamente la causa del protestantismo. El de Sajonia se negaba á ello resueltamente, y en cuanto al de Brandeburgo, aunque secretamente apoyaba al rey de Dinamarca, no quería ponerse francamente al lado de este, con lo cual se atrajo la venganza del general del emperador por aquel secreto apoyo, sin que de él resultara el protestantismo beneficiado en lo más mínimo.

Por otro lado, parecía favorecer á los protestantes del Norte de Alemania la circunstancia de que entre los dos generales de Fernando no reinara aquella buena inteligencia que este les había recomendado con tanto empeño. En efecto, ninguno de los dos quería someterse á la autoridad del otro. Wallenstein, que se encontraba en el Elba y que ya desde diciembre de 1625 sospechaba que Mansfeld con sus fuerzas quería dirigirse á Silesia por Brandeburgo y llevar la guerra á los territorios hereditarios austriacos, pidió á Tilly que avanzara desde el Weser y se reuniera con él. Habiéndose negado Tilly á esto, fundándose en que de hacerlo quedaba libre al rey de Dinamarca el camino de los territorios de las tropas liguistas, surgió entre ambos generales tan grave desacuerdo que Wallenstein amenazó con retirarse del círculo de la Baja Sajonia, y si no lo hizo fué por la intervención de Maximiliano cerca de la corte de Viena. Tilly, por su parte, sospechaba que el rey de Dinamarca le atacaría, y en esta creencia demandó ayuda á Wallenstein, el cual no pudo prestársela porque entretanto había estallado en la Alta Austria, que seguía reteniendo en prenda, una amenazadora sublevación de aldeanos cuya sofocación exigía todas las fuerzas disponibles. A todo esto Bethlen Gabor, que durante estos sucesos había entablado negociaciones en El Haya con los holandeses, comenzó de nuevo á agitarse y declaró en enero de 1626 al conde palatino que estaba dispuesto á entrar otra vez en campaña si se le pagaba mensualmente un subsidio de 40.000 thalers y si se le unía Mansfeld con 10.000 hombres.

Así estaban las cosas cuando el rey Cristian se decidió á emprender un gran ataque contra las fuerzas imperiales liguistas. Por el ala derecha, el duque Juan Ernesto de Sajonia Weimar debía dirigirse á Westfalia para encontrarse con los holandeses; por el centro había de avanzar él en persona, y por el ala izquierda, como acertadamente Wallenstein había sospechado, Mansfeld tenía que avanzar por Brandeburgo sobre Silesia, á fin de ponerse en contacto con Bethlen Gabor, según se había convenido en las negociaciones de El Haya. A fin de impedir esto, Wallenstein había hecho construir fuertes atrincheramientos en el puente de Dessau, que era el paso más importante del Elba. Allí efectivamente ocurrió el primer choque. Cristian IV mandó avanzar al coronel Fuchs á lo largo de la orilla izquierda de aquel río para que, uniéndose con Mansfeld, atacaran juntos á Wallenstein; pero este acudió apresuradamente á Tangermunde, donde derrotó por completo á Fuchs antes de que este pudiera

efectuar su unión con Mansfeld. Fuchs se refugió en Tangermunde y desde allí pidió auxilio á Mansfeld, el cual en 12 de abril de 1626 salió de su campamento y se encaminó hacia aquella población. Para conseguir su intento tenía que desalojar á las tropas de Wallenstein de los atrincheramientos

del puente de Dessau, pero el ataque que contra estas posiciones emprendió en 25 de abril de 1626 fué brillantemente rechazado por el general enemigo y terminó con una completa derrota de Mansfeld á consecuencia de la cual este hubo de huir con su ejército á Brandeburgo y reforzar allí



*Voilà les beaux exploits de ces cœurs inhumains  
Ils rougent par tout rien ne chappe à leur mains  
L'un pour avoir de voir, causant des supplices.  
L'autre à mal forçait avins ses complices,  
Et tous d'un même accord commettent meuchamment  
Le vol, le rapt, le meurtre, et le violent.*

Saqueo de una casa y martirios de sus habitantes

Facsimile del grabado de Jacobo Callot (1594-1635) inserto en *Les miseres et malheures de la guerre*

sus tropas con nuevos reclutamientos. El débil elector Jorge Guillermo no hizo ninguna tentativa formal para impedirlo, y esto fué causa de que en los años siguientes Wallenstein

asolara sus territorios con grandes acuartelamientos y crecidas contribuciones.

Por entonces nada hizo Wallenstein, con gran disgusto del



*Avant plusieurs degots par les soldats commis  
À la fin les Paysans, qu'ils ont pour ennemis  
Les quittent à l'écart et par une surprise  
Les ayant mis à mort les mettent en chousprie.  
Et se vengent ainsi contre ces Malheureux  
Dés porter de leur biens, qui ne viennent que d'eux.*

Levantamiento de los aldeanos contra la soldadesca

Facsimile del grabado de Jacobo Callot (1594-1635) inserto en *Les miseres et malheures de la guerre*

duque Maximiliano, para aprovecharse de la victoria conseguida, pero se manifestó dispuesto á enviar en auxilio de Tilly 16.000 hombres, á fin de que, reforzado con ellos, pudiera apoderarse de algunas plazas importantes, entre ellas de Minden, Nordheim y Göttingen. En cuanto á él quería avanzar sobre Holstein y Mecklenburgo para amenazar por la espalda al rey de Dinamarca. Muy pronto, sin embargo, surgieron nuevas diferencias entre Tilly y Wallenstein, por

que este exigió grandes cuarteles para sus tropas, dificultando con ello la manutención del ejército liguista. Maximiliano, á quien molestaba extraordinariamente la conducta independiente y arbitraria del general del emperador, trató entonces de excitar la desconfianza de este contra aquel, viéndose Wallenstein obligado á suplicar que le enviaran á su campamento al conde de Trautmannsdorf á fin de justificar ante él su proceder desde el punto de vista estratégico.

